

GERONA EN LA HISTORIA DE LAS EXCAVACIONES DE AMPURIAS

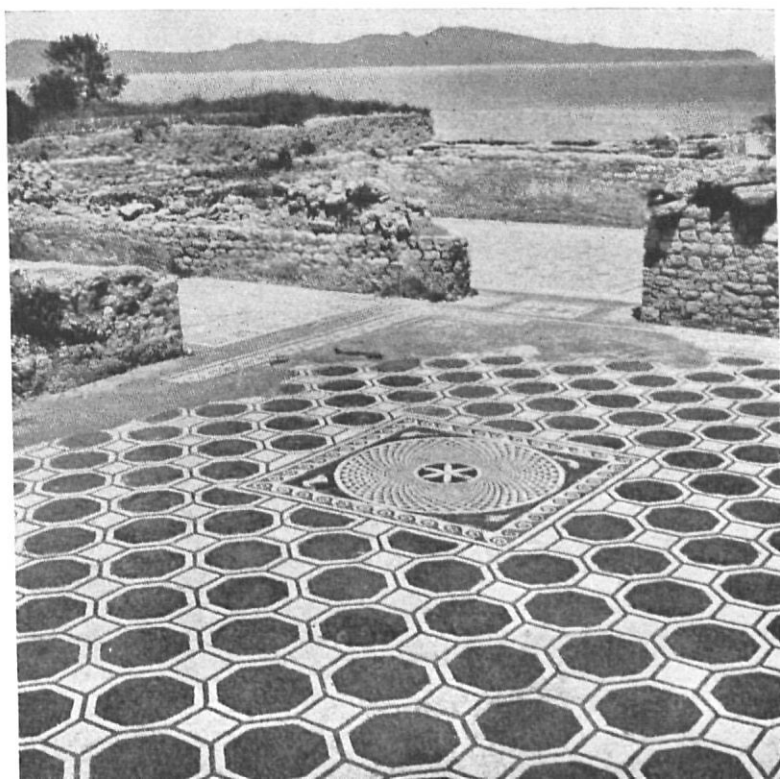
TODA empresa humana está sometida a oscilaciones. A períodos de actividad y a épocas de pasividad más o menos absoluta. Las excavaciones de Ampurias, a pesar de su interés, no han sido excepción y la historia de las mismas constituye una lección muy instructiva que creemos debe ser divulgada y valorada en lo que tiene de enseñanza para todos.

En otra ocasión ocuparemos las páginas de esta «*Revista de Gerona*» que nace al servicio de nuestra Provincia, para tratar los aspectos eruditos y de otro género que las ruinas de Ampurias nos ofrecen. Hoy queremos relatar la Historia de las investigaciones realizadas sobre Ampurias señalando las sucesivas aportaciones que las personas y entidades realizaron hasta hoy. Deseamos hacer objetivamente una breve reseña a lo largo de los tiempos, del valor dado en distintas épocas a aquel venerable solar. Nada mejor nos alecciona sobre su interés creciente. También ello nos permitirá ver cuantas entidades o particulares han intervenido en su estudio y en el desarrollo y cuidado de aquellas excavaciones, pues nos parece no carece de interés entre los gerundenses, sobre todo ahora que las autoridades de Gerona han buscado y han logrado su intervención en el gobierno de la empresa ampuritana.

En primer lugar se ve con evidencia como durante toda la Edad Media ningún interés especial o comentario sugieren a cronistas o historiadores, las ruinas de la que fué célebre ciudad griega y romana. A pesar de ser cabeza de Obispado en la época visigoda y luego dar nombre al Condado fundado por Carlomagno tras la incorporación del Ampurdán a su im-

perio hacia el 780, Ampurias en el aspecto arqueológico no merece nunca a lo largo de todo el medioevo ningún comentario. Arruinada definitivamente por los normandos, del 858 al 861, queda relegado todo el núcleo urbano que conservará el nombre de Ampurias a un simple castillo asentado sobre una roca de 400 metros de perímetro que se erguía al lado del mar rodeado de marismas, allí donde ya los griegos habían levantado su Palaiápolis o «ciudad antigua», según concretamente nos relata Estrabón (III. 4. 8.)

Ninguna referencia a la venerable ciudad extinguida hallamos en cronista alguno. Incluso el gran Ramón Muntaner, que era ampurdanés, jamás alude, ni a las ruinas de Ampurias, ni a los nobles orígenes de la ciudad y eso que en su *Crónica*, relata con cierto detalle hechos de su tierra nativa y a pesar de haber sido el primer historiador que se extasía y canta a la Acrópolis de Atenas cuando con los soldados



del Rey de Aragón la puede admirar victorioso como participante en la expedición de los almogávares a Oriente.

Sólo con las corrientes humanísticas del Renacimiento, vemos nacer un interés por nuestra ciudad, por su historia y por sus vestigios.

El primero que sabemos se ocupó de recoger referencias de Ampurias fué el cronista gerundense Pedro Miguel Carbonell. Tras él los epigrafistas y numismáticos del siglo *xvi* y *xvii* se ocupan de lo poco que se conoce entonces e incluso inventan lápidas falsas para dar más importancia al abandonado lugar. Tarea erudita, pero poco noble, que para nada servirá.

Merecen también citarse en el siglo *xvi* los estudios aún inéditos de Llovet, el notario de Peralada y, sobre todo, la Crónica de Jerónimo Pujades, donde se intenta valorar la vieja historia de la ciudad grecorromana.

Jerónimo Pujades ya lamenta el estado de las ruinas de Ampurias que aún seguían en pleno siglo *xvi* y *xvii* destruyéndose, pues servían como cantera para otras construcciones e incluso para las fortalezas de Rosas y Perpiñán que entonces se ampliaban. A esta evocación y lamentación dedica todo el capítulo XV del Libro Segundo de su obra, titulólo: «Reseña de muchas cosas de Ampurias, su buen sitio y grandeza de ella». Entre leyendas a las que tan aficionado era y el reflejo de lecturas de los historiadores clásicos ofrecen estas páginas de Pujades un cálido interés por la ciudad clásica olvidada y en ruinas. Cabe así a un ampurdanés haber relatado, no sólo la primera historia de la antigua ciudad, sino el haber abierto en gran parte el interés sugestivo para su estudio.

Siguiendo a Pujades, el arzobispo francés Pedro de Marca adelanta en el camino de superación que para conocer mejor la Historia de la vieja ciudad seguirán y mejorarán los historiadores españoles del siglo *xviii*. Tratan el tema, sobre todo, el P. Flórez y el P. Risco, cuyos estudios son aún básicos, así como los de Masdeu.

Entre otros trabajos insertos en obras históricas más eruditas, que nada esencial añaden, merece citarse la primera monografía dedicada a nuestra ciudad por D. José Vega y Sentmanat con la memoria que presentó a la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, el 13 de Febrero de 1780 y que quedó inédita. También hemos de citar a un erudito local, habitante de La Escala, pueblo inmediato a Ampurias, que había heredado a la población ampuritana desde el siglo *xvii*. Nos referimos a D. José de Marañas y de Marimón. Este verdadero señor del siglo *xviii*, culto y erudito, no sólo publica en 1803 un librito sobre Ampurias, sino que organiza una de las primeras colecciones de antigüedades ampuritanas que en gran parte regaló al Rey y se han dispersado en los Museos de Madrid, sin que sea hoy posible el situarlas. Su influencia debió ser grande y a partir de él no faltarán ya nunca los aficionados a reunir vestigios de las antiguas ruinas en el país. A la vez que Marañas, los monjes servitas de Ntra. Sra. de Gracia, de Ampurias, representan los primeros curiosos rebuscadores, más que auténticos excavadores, que conocemos hayan tenido las ruinas de Ampurias. En efecto; tenemos noticias de uno entre estos monjes, Fray Manuel Romeu, que llegó a formar un verdadero Museo en el citado Convento de Monjes Servitas, que sobre las mismas ruinas se levantó en el siglo *xvii*. Alabaron sus colecciones el P. Villanueva que nos refiere al pasar por Ampurias en 1807 como algunas inscripciones habían salido de allí regaladas a otros lugares perdiéndose luego, y el francés Jaubert de Passá que publica en 1823 por primera vez algunos objetos. Además sabemos que este monje se ofreció al Conde de Ampurias, Duque de Medinaceli, para excavar e incluso que deseaba abandonar el claustro.

Todos estos precursores hacen sentir, a partir de los comienzos del siglo *xix*, en Girona, ciudad convertida no sólo en cabeza del episcopado, sino de la provincia recién creada, un interés por este lugar de tanto valor histórico y arqueológico. Este interés creciente de la primera mitad del siglo *xix* acabó acuciando

a la Diputación Provincial a realizar las primeras excavaciones ampuritanas. Se conserva de esta intervención bastante documentación. Pero nada mejor que Pedro Martínez Quintanilla en su obra «La Provincia de Gerona», publicada en 1865, nos hace ver como se había planteado el problema de excavar las ruinas de Ampurias y como se valoraba y discutía en su tiempo la empresa de estudiarlas debidamente.

Quintanilla era un funcionario del Estado, Jefe de 1.^a Clase de la Sección de Estadística, que nos recoge los juicios de los círculos oficiales gerundenses sobre el problema que planteaban las ya famosas ruinas. El nos relata como «en los años 1846, 1847 y 1848, se hicieron excavaciones por cuenta de la Diputación y aun cuando los trabajos se dirigieron hábilmente por la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos y por el Delegado de la misma, D. Gabriel de Molina, entendido anticuario y administrador que entonces lo era de la Aduana de La Escala, los objetos hallados parece que no correspondieron a las esperanzas que se habían concebido, sin que su valor compensase, por concepto alguno, los gastos que ocasionaron las obras». «A pesar de ese resultado, creen algunos que si se promovieran los trabajos en gran escala y fuesen bien dirigidos, se descubrirían hasta calles enteras, como hemos oído decir a personas ilustradas, recogiendo objetos de mérito, bien por su valor, bien porque podrían servir para esclarecer hechos históricos. Por el contrario, opinan otros, que solo se obtendrían nuevos desengaños, atendiendo a que durante muchos años ha sido removida sin oposición ni cortapisas la superficie del terreno que ocupaba la antigua ciudad, ya para trabajos agrícolas, ya para extraer sillares, ya para buscar objetos de valor; y no es de esperar que se encuentren nuevas preciosidades, a no ser alguna que otra, y mucho menos edificios o monumentos de gran volumen cuando ya se han descubierto los pavimentos y algibes de varios en distintos puntos, apareciendo ahora a flor de tierra. En apoyo de esta opinión expónese que los actuales pueblos de La Escala, Armentera,



San Pedro Pescador, Bellcaire y otros cercanos a las ruinas de que se trata, están contruídos con sillares de los mismos restos y con otros fragmentos, como se ve al examinar con detención las paredes no rebocadas o blanqueadas. (También se llevaron mucha piedra y diferentes veces para los espolones de los bastiones de Perpiñán y Rosas, según aseguraba Pujades en su Crónica de Cataluña, Capítulo XV del Tomo I, pág. 175), alegándose también que se han extraído en diferentes épocas y con profusión, infinidad de monedas, cornerinas, ánforas, lacrimatorios, lámparas, estilos y otros objetos, como después veremos, de los cuales apenas se halla ahora alguno».

Por Quintanilla sabemos además las colecciones que se habían formado hasta entonces, todas locales y que su pluma de funcionario dedicado a la estadística enumera: «Tarea larga sería la enumeración de los objetos que se han encontrado en distintas épocas. Más de seis mil, en su mayor parte monedas y cornerinas podría tener reunidos D. Francisco de Maranjas, sino los hubiera regalado casi todos a sus amigos; D. Gabriel de Molina llegó también a poseer un regular número, lo propio que otros vecinos de La Escala; D. Joaquín Pujol y Santo, de Gerona, D. José Antonio Marimón, de La Bisbal, y D. José Bolós, de Olot conservan igualmente varias preciosidades de este género;

en el Museo Arqueológico de la Provincia, existen algunas, procedentes de las excavaciones que se hicieron por cuenta de la Provincia».

De las páginas del libro de Quintanilla nos interesa resaltar lo que nos dice sobre quien fué el excavador primero que tuvo Ampurias: un Jefe de la Aduana de La Escala, llamado D. Gabriel de Molina. Sabemos además que redactó el capítulo que a nuestra ciudad dedica el Diccionario Geográfico de D. Pascual Madoz. Siguiendo a Flórez, Villanueva y Marañas, D. Gabriel de Molina se nos ofrece como un erudito local y crítico muy apreciable. También nos dice Quintanilla que reunió en su casa una buena colección de antigüedades ampuritanas.

En la documentación de la Comisión Provincial de Monumentos aparece repetidamente citado este funcionario culto que colaboró con otros en el descubrimiento de las ruinas durante los años de 1846 a 1848 con pequeñas subvenciones dadas por la Diputación. Bastará decir que de estos trabajos procede el magnífico sarcófago llamado de Las Estaciones, joya envidiable del Museo de Gerona y el descubrimiento de la Basílica Cristiana, entre otros hallazgos, para comprender cuan mal valoró la Diputación de Gerona de entonces su valor y el alcance de la empresa arqueológica de Ampurias.

Si ya era notoriamente injusta la valoración de lo hallado en las excavaciones de Ampurias, los elementos culturales y políticos de Gerona pasaron a la exageración aún más lamentable durante la segunda mitad del siglo XIX, hasta minimizar el valor histórico y arqueológico que Ampurias representaba. Que hubo esta actitud y que acarreó discusiones nos lo asegura la polémica habida entre Pujol y Camps y Pelegrí Casabó y Pagés.

D. Celestino Pujol y Camps, hombre erudito y de gran prestigio intelectual en Gerona, además de político influyente escribió en 1876 en la «Revista de Gerona» un artículo titulado así: «¿Existe Ampurias?». Allí defendía a las autoridades y círculos gerundenses de las críticas que contra ellos se lanzaban por su inhibición en las excavaciones de Ampurias.

Como contestación aparecieron inmediatamente dos trabajos debidos a D. Pelegrí Casabó y Pagés, publicados en la revista «La Familia Cristiana», de Barcelona, en 1877. El primero se titulaba «Ampurias» y el otro «Qüestió històrico-geogràfica».

Estos artículos cortos, donde el autor no demuestra, ni hay lugar para ello, mucha erudición, tuvieron sin embargo la rara fortuna de originar una réplica por parte de D. Celestino Pujol y Camps, quien en la «Revista de Gerona», de 1877, publicó el siguiente artículo: «No existe Ampurias». A éste contestó airadamente Casabó y Pagés con otro titulado «¿Existeix Ampurias? ¡¡Sí!!»

Analizar las fechas y origen más político que científico de la aparición de estos artículos nos alargaría demasiado. Diremos sólo que Casabó y Pagés escribía desde Barcelona y desde Gerona le contestaba Pujol y Camps.

Lo que esta disputa polarizaba, fué cuajando en los finales del siglo XIX y principios del XX. Gerona oficial y oficiosamente se inhibía de Ampurias, cada vez más, abandonando incluso las iniciativas anteriores dedicadas a valorar las antigüedades ampuritanas, iniciativas que, para honor de Gerona, en otro tiempo se habían manifestado tanto en la capital como en La Escala y en otros lugares del Ampurdán. Hay que salvar sin embargo de esta indiferencia oficial, a los eruditos gerundenses que siguieron siendo los principales estudiosos y divulgadores de Ampurias y de sus antigüedades.

El mismo Pujol y Camps, merece un noble sitio por sus estudios numismáticos ampuritanos. Sobre todo en 1879, publica Botet y Sisó, su «Noticia Histórica y Arqueológica de Emporion», editada por la Real Academia de la Historia, obra que marca una etapa en la bibliografía ampuritana. En 1883 aparece el benemeritísimo libro de Pella y Forgas, «Historia del Ampurdán» con importantes capítulos y aportaciones nuevas sobre Ampurias. También en el área ampurdanesa se publica, en Figueras, en 1890, el libro de Sebastián Aguilar, «Ampurias» y, ya en el siglo XX, antes que la presencia de Barcelona pasara casi a monopo-

lizar los estudios ampuritanos, hay que citar otros trabajos de Botet y Sisó y los del Pbro. D. Ramón Font, de D. Joaquín Pla y Cargol y, recientemente, los de los más jóvenes arqueólogos gerundenses, nuestros alumnos Pedro de Palol y Miguel Oliva.

Así en el orden de la erudición y del estudio de las cosas ampuritanas no ha dejado jamás Gerona de aportar primeras figuras que aún hacen más extraño el largo y absoluto apartamiento oficial en una empresa tan noble y tan popularmente gerundense.

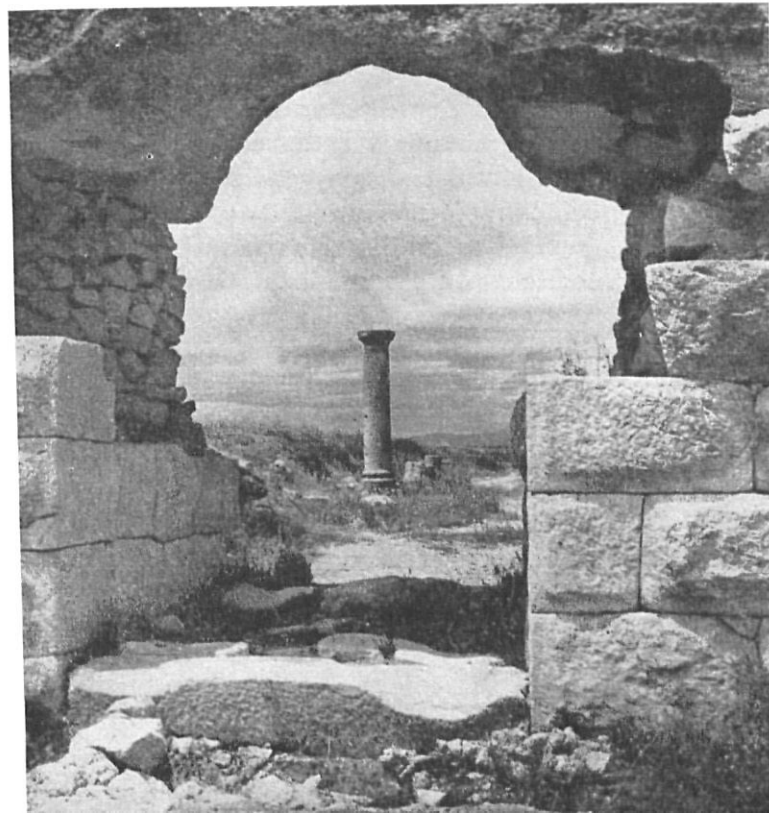
Esta actitud de abandono de las Autoridades de Gerona fué fatal para las ruinas más por lo que dejó hacer a los buscadores de tesoros incontrolados que por haber cesado en su subvención.

Desde antes, como nos lo prueban las colecciones que reseña Quintanilla, las ruinas de la ciudad estaban sometidas a un saqueo y destrucción grandes y continuados. Todo cuanto se obtenía se dispersaba y se perdió en su mayor parte para el Patrimonio Artístico e Histórico Nacional. Infinidad de objetos fueron a parar a manos de particulares y, otros, salieron para el extranjero. Sólo el obispo de Gerona, D. Constantino Bonet y Zanuy, por medio del culto Pbro. Ramón Font, formó la serie de objetos, algunos valiosos, que se guardan hoy en el Museo Diocesano Gerundense. El mismo Pbro. Font poseyó una importante colección cuyos fondos pasaron al Museo Diocesano y al Museo Arqueológico Provincial, por compra.

El Obispo de Vich, D. José Morgades y Gili, por medio del Rdo. D. José Gudiol Cunill, hizo otro tanto llegando a hacer algunas prospecciones. La serie más numerosa la reunió el Museo Arqueológico Provincial de Gerona gracias a la Comisión de Monumentos que sabemos llegó a realizar en 1900 un viaje corporativo para ver las excavaciones que se hacían sin control alguno por unos excavadores clandestinos que habían llegado a formar una especie de sociedad capitaneada por un obrero llamado Pedro Mitjavila. La Comisión compró sus hallazgos pero nada más hizo de eficacia para ordenar e incrementar los trabajos.

Sin embargo, en el único lugar donde decrecen las colecciones de objetos ampuritanos es en la misma Escala que no obstante siempre tendrá el honor de haberlas iniciado. Sólo restos de la colección de Maranjas quedarán allí en manos de la familia mientras los escalenses D.^a Catalina Albert y los Dres. D. Rosendo Pi y D. Pedro Villanueva, y el Sr. Alfarás merecen citarse por su afición a buscar y reunir antigüedades ampuritanas, la mayoría dispersadas y en parte conservadas en el Museo de Barcelona. En toda esta época la intervención de los círculos gerundenses se reduce a la serie de compras que hace la Comisión Provincial de Monumentos de series de antigüedades ampuritanas facilitadas por los excavadores clandestinos que a mansalva destruían necrópolis y ruinas sin respeto alguno a la ley y empujados tan sólo por obtener lucro. Todo ello es una etapa más que lamentable que Gerona ha sabido superar sólo recientemente y que no debe ser olvidada cuando se trate de cualquier esfuerzo para dignificar cuanto para nuestro Ampurdán y para España entera representa Ampurias.

Pero al historiar las excavaciones de Ampurias es preciso reconocer que fueron las autoridades y muchos intelectuales de Barcelona los que, más ambiciosos y abiertos al servicio



de las cosas del espíritu, buscaron la ocasión y las posibilidades económicas necesarias para intervenir a fondo en la solución que la empresa ampuritana entrañaba. Esta ocasión vino a producirse cuando en 1905 el arqueólogo alemán Adolfo Schulten, con Koenen y Lammerer, visitan Ampurias con Cazorro mostrando su interés por el oficialmente abandonado lugar.

En 1907, A. Schulten, subvencionado por el Kaiser Guillermo II, inicia unas catas de exploración en la puerta de la muralla romana, mientras Lammerer, obtenía el primer plano topográfico minucioso. El temor de la intervención extranjera en una empresa tan espiritual y ya debatida y los hallazgos que sucesivamente los ingenieros de montes obtenían desde el comienzo de sus trabajos en 1898, al realizar las plantaciones en las dunas costeras, incitaron sin duda a los elementos directivos de la arqueología barcelonesa. Así, en 1908 se decide desde Barcelona emprender de manera sistemática, las excavaciones de Ampurias, previas las concesiones oficiales que la Ley mandaba, aunque sin pedir ayuda alguna al Ministerio de Educación Nacional.

Cabe el honor de haber salvado toda clase de dificultades y haber iniciado tan importante empresa a D. José Puig y Cadafalch, apoyado por D. José Pijoán, D. José Font y Gumá, D. Manuel de Bofarull y otros prestigiosos miembros de la Junta de Museos de Barcelona. También sabemos que D. Manuel Cazorro no estuvo ausente en el planeamiento de esta empresa. Era Conservador del Museo Arqueológico de Gerona y actuaba como informador de la Junta de Museos y persona con la que se contó para iniciar las excavaciones. Nadie mejor que él conocía lo que ocurría en Ampurias pues continuamente compraba objetos para el Museo e incluso formaba para él mismo una colección de antigüedades ampuritanas que a su vez nutrieron luego el mercado.

Cazorro acompañó a los alemanes citados en 1905, y sabía como los ingenieros de montes, sin garantía científica alguna y sin permiso de la Junta Superior de Excavaciones, habían organizado la excavación de la Necrópolis de «El Portichol» y de algunas áreas de la ciudad

cercana a las dunas. Con todo lo hallado se vino a formar un Museo en la casa que dichos ingenieros levantaron en San Martín de Ampurias, y que se hizo derribando parte de las murallas medievales de rancio y bello sabor. Sus colecciones pasaron luego al Museo de Barcelona.

Mientras tanto nada sabemos que hiciera cambiar de actitud a las minorías rectoras de Gerona. La ciudad representada por las autoridades y entidades que la regían, quedó al margen de la empresa espiritual que se iniciaba y que a la vez, tanto honraba a la provincia y tanto representaba para España.

Las dificultades que ofrecía, el que una Diputación Provincial como la de Barcelona, acabara emprendiendo una tarea de excavaciones arqueológicas fuera de su provincia, legalmente no entrañaba problema alguno, pero además Barcelona emprendió las excavaciones de Ampurias, a través de la Junta de Museos, dotada con subvenciones del Ayuntamiento y de la Diputación Provincial de Barcelona.

Los Diarios de los excavaciones del benemérito D. Emilio Gandía, comienzan con el relato de como en el día 19 de Marzo de 1908 hizo éste el viaje así: «Salida de Barcelona a las 5 de la mañana en el tren correo con tres trabajadores y llegamos a Sant Jordi a las 9'30 y subimos en la diligencia acto seguido para La Escala; en ésta sólo había cabida para doce asientos y nos metieron hasta dieciocho y un perro, y para mejor delicia con una lluvia torrencial y dos caballos que de mejores los venden para una corrida de toros de las que se verifican en nuestra España. Por fin llegamos a La Escala a la una y media de la tarde y como se ve es corto el trayecto pero en las condiciones en que por fuerza teníamos que soportar nos fué bastante detestable.

»Ya en La Escala, nos fuimos a la fonda de D. José Paradís (a) Gambo e hijo. Sin más que llegar a la fonda ni siquiera el tiempo de quitarme el polvo, me fuí a presentarme a casa de D. Rosendo Pí, Apoderado de la Ilustre Junta de Museos de la Ciudad de Barcelona, para las diligencias de las compras de las fincas destinadas a las excavaciones de Ampurias.

Después de entregar el documento que acreditaba la Ilustre Junta de Museos antes referida de mi representación como Conservador del Museo de Arte Decorativo y Arqueológico, la que tuvo su aprobación en enviarme para comenzar las antes referidas excavaciones, lo que acepté aunque ahora no sé si tan delicado cargo lo sabré desempeñar en mi humilde persona».

Aquel mismo día Gandía inspeccionó las fincas que ya anteriormente había decidido comprar la Junta de Museos y al día siguiente se compraron las tierras en que se asienta casi todo el recinto de la Neápolis incluídas las ruinas del convento de servitas. Así la empresa pasó a ser algo completamente de Barcelona, en lo técnico, en lo espiritual, en lo administrativo y en lo económico.

La dirección y responsabilidad de las excavaciones la mantiene, hasta 1931, Puig y Cadafalch. Los trabajos se realizan bajo la dirección inmediata de Emilio Gandía, que redacta los Diarios, donde se ve más su probidad, su pasión y disciplina en el trabajo, que su cultura y formación arqueológica. Él, repetidas veces, hace declaración de su inexperiencia y falta de formación, pero Gandía recibió en todo momento la asistencia espiritual de cuantos regían la vida intelectual de Barcelona y que a su vez fueron políticos prestigiosos, que emplearon su influencia al servicio de esta causa noble, una de las que más les honraron siempre. Al lado de Gandía para animarle en sus trabajos, vemos llegar personalmente hasta Ampurias a los Presidentes de la Diputación de Barcelona y de la entonces Mancomunidad de Cataluña, los miembros más destacados de la Junta de Museos de Barcelona, actitud mantenida siempre por las autoridades barcelonesas. A la vez se subvencionan con esplendor los trabajos. Se construye una casa para el Director de las Excavaciones y personal de las mismas con una generosidad des acostumbrada y que sin embargo fué clave en parte del interés y afecto con que servían esta empresa los encargados de dirigirla. Año tras año, Barcelona, a través de su Junta de Museos, ha hecho posible, ya pocos años más tarde, el que se pueda admirar uno de los más espléndidos



conjuntos de ruinas del Mediterráneo, y Ampurias se convierte en la más importante empresa arqueológica de España. No sólo alabanzas, sino admiración y gratitud, debemos todos al esfuerzo realizado en Ampurias por Barcelona y sus arqueólogos más eminentes. Hay ciertamente, períodos de inactividad debidos a razones políticas principalmente. Así, durante la Dictadura de 1923 a 1929, los trabajos declinan y al final se paralizan. Pero éstos se reemprenden en 1931, al pasar por orden de la Generalidad, las excavaciones y Museo de Ampurias, de manos de Puig y Cadafalch, a las de Bosch-Gimpera, que las regentará hasta 1939, llevando siempre Gandía los trabajos y redactando los Diarios de los mismos hasta su muerte en el otoño de 1939.

Aquel año nos hicimos cargo nosotros del estudio, excavación y valoración de las ruinas, en circunstancias muy difíciles, que pudimos vencer gracias sobre todo a la ayuda prestada a la Diputación de Barcelona, por los Capitanes Generales de Cataluña. En 1947, con la colaboración del Ministerio de Educación Nacional, se inauguró el actual Museo Monográfico, hoy ya insuficiente. Pero en todo momento, la Diputación Provincial de Barcelona, ha sido la que ha hecho posible la continuación de esta empresa científica, manteniendo un cierto ritmo de trabajo y sufragando los gastos técnicos

imprescindibles, mereciendo una justa alabanza su actual Presidente Excmo. Sr. Marqués de Castellflorite, que la ha regido en años de penuria para las haciendas provinciales.

Mientras tanto, un sentimiento general ha ganado en estos años a los gerundenses, a favor de la noble ambición de recuperar su puesto en la intervención de aquella honrosa tarea. Este movimiento de carácter meramente espiritual, fué impulsado por todas las autoridades gerundenses, sobre todo por el Sr. Gobernador Civil, Excmo. Sr. D. Luis Mazo Mendo y por el Sr. Presidente de la Diputación D. Pedro Bretcha y también por el Diputado de Cultura D. Cosme Casas Camps. La Diputación de Barcelona, con una generosidad y comprensión muy nobles, ha correspondido a esta actitud, concertando un acuerdo con la Diputación de Gerona en 1954, que abre una etapa nueva en el gobierno de aquellas importantes excavaciones y museo, que han pasado a ser regidos por un Patronato de las Excavaciones de Ampurias formado por los dos Presidentes de las Diputaciones de Barcelona y de Gerona, los dos

Diputados de Cultura de ambas Diputaciones y el Director de las Excavaciones como Secretario.

Mucho es de esperar de la nueva etapa que ahora se inicia. En ella Gerona ha vuelto a recuperar el puesto que le corresponde en esta tarea tan propia y auténticamente gerundense.

No hay lugar alguno en la provincia, de renombre tan universal, ni tampoco hay otro que ofrezca un más creciente futuro. El acuerdo de que todo cuanto se halle se guarde en un gran Museo, ya en plan de construcción, así como los accesos y urbanización proyectados, darán a Ampurias un atractivo único, que ornará el paisaje sin par del golfo de Rosas, y la sinfonía de las columnas mutiladas y de las ruinas venerables, y a no dudarlo representarán una de las más valiosas estampas de nuestra bella Costa Brava.

MARTIN ALMAGRO BASCH

*Catedrático de la Universidad de Madrid
Director de las Excavaciones de Ampurias*